

# Chile se la juega

## Otras miradas

### MARIO AMORÓS

Doctor en Historia. Autor de 'Compañero Presidente. Salvador Allende, una vida por la democracia y el socialismo'

**H**oy, el pueblo chileno escogerá a su nuevo presidente entre el derechista Sebastián Piñera (vencedor en la primera vuelta con el 44% de los votos) y el democristiano Eduardo Frei, quien el 13 de diciembre logró el 29,6%. Será probablemente una jornada muy emocionante, de resultado incierto hasta muy avanzado el escrutinio, puesto que la derecha no triunfa en unas elecciones presidenciales desde el 4 de septiembre de 1958 y no ha superado el 50% de los sufragios (imprescindible para relevar a Michelle Bachelet en La Moneda) en ninguno de los 26 comicios celebrados desde la derrota del general Augusto Pinochet en el histórico plebiscito del 5 de octubre de 1988.

Las estrategias de Piñera y Frei de cara a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales han sido muy diferentes. Mientras que el representante de la Coalición por el Cambio ha insistido en su discurso amable, en apariencia inofensivo, sobre la necesidad de la alternancia tras 20 años de gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, Frei ha intentado atraer al 26,3% de electores que hace un mes apoyaron al independiente Marco Enríquez-Ominami y a Jorge Arrate, el candidato de la izquierda. Esta ineludible apuesta por superar las fronteras de una

Concertación agotada históricamente le ha granjeado el apoyo de la mayor parte de las fuerzas de izquierda e incluso de personalidades y colectivos que estuvieron juntos con Enríquez-Ominami, a pesar de que este, que alcanzó un decisivo 20,1%, ha mantenido su calculada ambigüedad ante la disyuntiva de hoy.

La solidez electoral de la derecha pero también sus probadas dificultades para conquistar el apoyo de la mayoría ciudadana y la profunda crisis de la Concertación anuncian un nuevo escenario político y, al mismo tiempo, conceden una oportunidad inesperada para un avance significativo de la sociedad chilena hacia más democracia y más justicia social, en uno de los países donde la brecha entre ricos y pobres es más acentuada.

Esta posibilidad se encarna en los doce puntos programáticos comprometidos el 20 de diciembre entre la candidatura de Eduardo Frei y el Partido Comunista y sus aliados ante la segunda vuelta. La elaboración de una nueva Constitución en el año del bicentenario de la independencia, que sustituiría a la impuesta por la dictadura en 1980 (aún vigente, aunque reformada en 1989 y 2005), el mantenimiento del carácter público de la Corporación del Cobre (la principal fuente de ingresos del país, "el sueldo de Chile", según la definición acuñada por el presidente Allende al lograr su nacionalización en 1971); el fortalecimiento de una educación y una sanidad públicas de calidad, la ampliación de los derechos de los trabajadores, el respeto a los exigencias de los pueblos originarios, la democratización de los medios de comunicación, la anulación del Decreto-Ley de Amnistía de 1978 o la construcción en torno a Unasur de un marco suramericano de paz y seguridad

## Frei plantea la posibilidad de la anulación definitiva del legado de la dictadura

## La victoria de Piñera significaría profundizar en la privatización de la sanidad y la educación

dad cooperativa son algunas de las propuestas de hondo calado presentadas por Frei a la izquierda.

Este programa, principalmente las características de la nueva Constitución, plantea la posibilidad de un viraje histórico en Chile a partir del 11 de marzo, cuando Michelle Bachelet entregará la banda presidencial a su sucesor. Hablamos de la posibilidad de la anulación definitiva del legado institucional lastreado por la dictadura militar y del distanciamiento del modelo neoliberal que—antes que Margaret Thatcher y Ronald Reagan—Pinochet y los epígonos locales de los Chicago Boys impusieron a partir de abril de 1975, mientras la DINA y los otros organismos represivos de la dictadura se concentraban en el exterior del movimiento popular.

Por el contrario, la victoria de Sebastián Piñera significaría la profundización de la privatización de la sanidad y la educación, los recortes de los escasos derechos sindicales y de los trabajadores, la privatización al menos parcial de la minería del cobre, mayores beneficios para las grandes empresas y el capital financiero, un retroceso en los derechos civiles producto de la hegemonía de los sectores fundamentalistas que dirigen los dos grandes partidos de la derecha (Renovación Nacional y, sobre

todo, Unión Demócrata Independiente) y el fin de los juicios a los casi 800 represores de la dictadura actualmente procesados. Además, en política internacional, Piñera se aproximaría al papel que ejerce en América Latina el presidente Álvaro Uribe, a quien visitó en Colombia en julio de 2008 y le expresó su admiración por su política de "seguridad democrática".

La historia de Chile registra una encrucijada similar a la actual. El 25 de octubre de 1938, el millonario Gustavo Ross, quien había amasado su fortuna como especulador en la bolsa, disputó la presidencia de la República al maestro Pedro Aguirre Cerda, candidato del Frente Popular, que unía a los partidos Radical, Socialista y Comunista. El derechista Ross perdió por apenas tres mil votos y el Gobierno de Aguirre Cerda abrió una nueva época con su apuesta por la industrialización del país de la mano de la inversión pública y la aprobación de relevantes leyes sociales, algunas de ellas impulsadas por un joven diputado y, desde 1939, ministro de Salud llamado Salvador Allende.

Hoy, el pueblo chileno tendrá que escoger entre dos opciones para los próximos cuatro años: el retorno a las políticas económicas y sociales que muchos de los dirigentes de la derecha actual ya desplegaron durante la dictadura de Pinochet (y que condenaban a la extrema pobreza a más del 40% de la población en 1989) o el apoyo a un nuevo programa que ha forjado una alianza entre las fuerzas del centro y la izquierda, a unas transformaciones democráticas que trazan en el horizonte las grandes alamedas de las que Salvador Allende habló una negra mañana de septiembre de 1973.

PARTICIPA EN:  
[blogs.publico.es/otrasmiradas](http://blogs.publico.es/otrasmiradas)

## A ojo

### ANTONIO CABALLERO



## Álgebra

**M**e atrevía a esperar yo aquí hace unas semanas que la Conferencia de Copenhague sobre el Clima no terminaría en un fracaso, como se preveía, porque vamos todos en el mismo barco rumbo al naufragio. Me equivocaba. Vamos todos rumbo al naufragio porque no vamos en el mismo barco. Lo explica en un artículo reproducido por un centenar de periódicos del mundo Bjorn Lomborg, un neoliberal danés desarrollista y contento, que desde hace una década vive de negar que el calentamiento global tenga efectos dañinos. ¿Daños, para quién?

Así, dice Lomborg que para China (uno de los dos principales calentadores del clima), el fenómeno global resulta localmente bueno. Local a la escala de China que, tomada individualmente—en su inmensa individualidad, una quinta parte de la población del mundo, y en su antiqüísimo autismo, el eterno Imperio del Medio—, se beneficia de que aumente el calor planetario: un mejor clima mejora su producción agrícola. Y la causa de ese aumento, que es el consumo de combustibles contaminantes, es a la vez el motor del desarrollo económico chino. Problemas, si acaso, para el siglo XXI. "Bien largo me lo fiáis", como decía el fanfarrón don Juan Tenorio.

Pero no sólo acierta el egoísmo chino o el de quien sea: es cosa de la sabiduría inmanente del mercado. Escribe Lomborg en su artículo negacionista y contento que, "según la mayoría de los cálculos principales", intentar moderar el fenómeno del calentamiento global puede costar, en euros o en dólares, 50 veces lo que costarían los daños provocados por ese calentamiento. No sé yo, claro, si la cosa es así, ni tampoco lo sabe él: son demasiado numerosos los "cálculos principales" como para que alguien sea capaz de conocerlos todos, y son demasiadas también las opiniones científicas, políticas, económicas y religiosas al respecto como para que sea posible que se pongan todas de acuerdo (y así se vio en Copenhague). Pero el meollo del asunto está en ese restrictivo cálculo de pérdidas y ganancias que hace Lomborg en su libro de contabilidad, según el cual todo se mide exclusivamente en términos de dinero. De modo que vale tanto la destrucción como la construcción, puesto que cuestan lo mismo, como el bienestar y el sufrimiento, puesto que los dos producen, para alguien, ganancias. No sólo valen igual sino que, además, se suman. Y el resultado neto, en términos del producto bruto, es siempre positivo.

Porque menos más menos da más. Como en el álgebra.

PARTICIPA EN:  
[blogs.publico.es/aojo](http://blogs.publico.es/aojo)

## El solar

PEPE MEDINA

